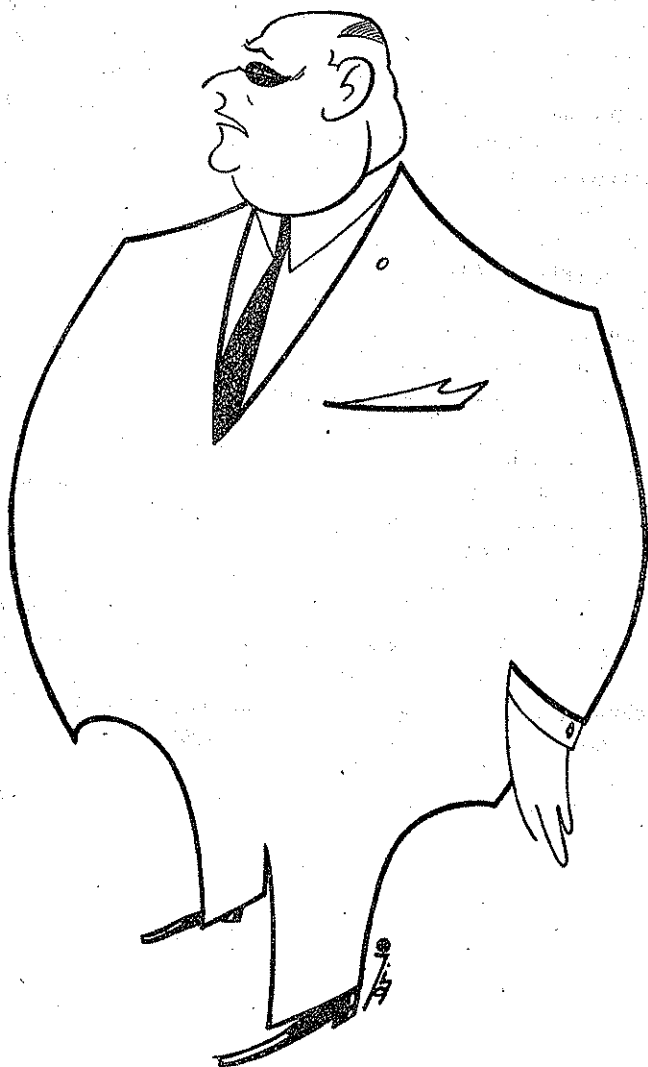


PÁGINAS DE DUELO

Emilio Romay Montoto

(FISONOMÍA A GRANDES RASGOS)



Siempre al volver la vista atrás y contemplar los tiempos idos, una profunda nostalgia se prende en nuestra sensibilidad y nos trae al ánima una nube de tristeza. Aun cuando el recordar es un modo de volver a vivir, la vida es siempre más para vida que contada; por ello, cuando en visión retrospectiva alcanzamos a personas que llenaron con su personalidad estadios que vivimos a la par, conjugando afanes comunes, se temple de efusiones apasionadas y cálidas toda referencia que a ellas nos lleve.

El alma humana se influencia favorablemente por la proyección que sobre ella vierte el genio o la personalidad rutilante de los seres que dejaron perenne y categórica refulgencia en su manera de ser y obrar, y, si a la par de ello fueron con nosotros contemporáneos de una misión y de una época, nos hace percibir junto al nuestro, el latido de su corazón y ese afán

creador de vida que se fundió y confundió en empresas que tuvieron una meta y una ambición común.

El hombre tiene un marco donde valencias tan estimativas como las espirituales y las físicas, dan un sello distintivo que fija y encauza una manera de ser y otra de obrar, dejando sobre el acto y el tiempo ese rasgo propio y distinto en cada cual, que es el estilo.

Ambos valores se complementan y, sopesando cuanto cada uno aporta dentro de la individual personalidad, es, a veces, tan íntima su fusión que parece imposible desintegrar las cualidades propias del ser en que se ubican.

* * *

Cuando el modelo tiene presencia física actual y podemos compulsar nuestro modo de verlo y comprenderlo con las reacciones anímicas del sujeto enfrentado, marcando las distancias de acierto o desvío en el logro del cometido, hay un punto de referencia que nos alecciona. Pero cuando lo que pretendemos interpretar ha dejado de tener permanencia física, nuestra acción opera sobre recuerdos, o sobre la obra en que se plasmó su propia acción y hay que extraer esa pervivencia, ese estilo, propio y singular, que al igual que la pátina en las piedras viejas, se aferra a toda obra humana.

Le conocí en la fecunda plenitud de su ya iniciada cuarta década de vida. Era hombre de perfectas facciones varoniles; alto, erguido, de mirada suave y plácida, de ademanes lentos y reposados, perfectamente sincopados con un decir pausado, claro, expuesto con lisura y justeza; sin caer en el arrobó de un rebuscamiento afectado y enfático.

Tenía una rara y peculiar manera de escuchar, con la cabeza un algo ladeada; prestaba confianza y seguridad al interpelador, ganándole a una familiaridad expresiva, despojando la conversación de hieratismo y cautela.

Todo era en él sencillo, humano, cordial.

El gesto y la acción eran naturales, sin «pose». En ellos se observaba una superioridad y un señorío que nunca conturbaba, más bien era un espejo en donde estaba reflejada su alma apacible y mansa, contemplándose en todo él un sello generoso de casta y categoría.

Su comprensión al enfrentarse con los problemas de su actividad era notable; aun descartando aquéllos en donde la comprensión era realizada con el magisterio de sus preferencias. ¡Qué dominio y precisión cuando la maraña difícil de los problemas administrativos, en su esfera pública, eran tratados con pleno dominio y conocimiento, llegando a sintetizar en conclusiones sencillas, resoluciones que presentaban apariencias difíciles y ampulosas!

Y, dentro de un respeto profundo hacia las opiniones ajenas, era excepcional su tenacidad defendiendo sus puntos de vista, sin llegar nunca a la exacerbación, ni en la dialéctica ni en el gesto. Nunca le he visto dejar de reconocer el valor argumental del oponente, aun en casos en que el razonamiento estuviera influido por un acto sentimental, afectivo, de puro compromiso humano o de simple «obligación» política.

Compartí, durante largos años, la responsabilidad administrativa impuesta por la delicada situación económica de la Diputación coruñesa. Puedo asegurar que su paso por la casa provincial, culminó en un ciclo impar, abierto y mantenido por él. ¡Qué manera tan sencilla la suya de hallar el método y la solución a cada problema! ¡Qué poderosamente eficientes eran sus determinaciones! ¡Qué sabiamente gobernada y ponderadamente regida ha estado la Diputación bajo su mandato, sin un gesto excesivo ni una palabra ociosa, sin alharacas

64

ni concesiones para la bambolla pública! Todo recogido en la honestidad y en la rectitud de una ética exigente y de una austeridad ejemplar, que quedará como modelo.

Cuán difícil y cauteloso ha sido, durante su gobierno, repartir las «migajas», así, sin adjetivos que vistan los andrajos de oropeles majestuosos, llamando por su nombre a los parvos medios económicos de la Diputación, en tantas y tan inaplazables obligaciones. Casi sin la cooperación estatal y sólo con el mantenimiento de un equilibrio difícil, a base de los medios propios y con limitaciones legales para obtenerlos.

Y ¡cuántos apuros! ¡Que si la beneficencia con hospitales, casas cunas, manicomios, leprosería, asistencias a organismos afines en esta misión de humana caridad! ¡Que si las carreteras y caminos! ¡Que de becas y asistencias! ¡Que de obligaciones de personal! Y tantas otras cosas que se apretaban en una larga lista de contraídos en espera de los medios, no tan puntuales en su obtención como raudos en la distribución.

* * *

Nacido en ese hermoso florón de la belleza galiciana que es la dulce tierra betancera, cuna de viejas tradiciones y solar de hidalgas estirpes, con señorío antiguo y ejemplar. Amó con fruición, con embeleso, a su suelo natal, y nadie como él comprendió y se compenetró con los afanes del paisanaje de esta rica comarca mariñana. En la urbe, en cuyas rúas la historia se palpa en cada amanecer, y en el agro, donde la labranza campesina es excepcional por lo minuciosa y perfecta, encontraba en su espíritu señor una singular complacencia.

Saboreaba con su decir la añoranza, plagada de anécdotas eruditísimas, calándolas de típico sabor, la vida de un artesano que vivió hasta épocas recientes con su atavismo y colorido medioévico. Y cuando el tema discurría sobre el campo y sus problemas, nadie como él adquirió el dominio de la vida del trabajo y de la economía del agro. Era tan alocionadora su charla en este asunto específico, que adoctrinaba con su sapiencia que no pudo encontrar mejor paladín.

* * *

Muy lejos estamos de haber podido lograr en nuestro trabajo el retratar el perfil humano de Emilio Romay Montoto. Existen en él complejos tan íntimos, que exceden de todo intento de captación para registrarlos en una descripción viva y justa. Quédese para plumas más expertas el aguzar su buril y arrancar de la humanidad contemplada los misterios que el nuestro no supo hallar. Sí, puedo decir, que en estas letras he puesto todo el sincero afecto que con él me unió y que reservo a su recuerdo.

FELICIANO CRESPO BELLO

(Dib. de J. G. Cebrián.)

